MIGUEL HERNANDEZ EN INGLATERRA

A algunos poetas se les comprende con facilidad en el extranjero, y por eso mismo son aptos para traducidos. Tal vez por estar más cerca de la tradición internacional y deber más a los grandes escritores del pasado que a los tradicionales y a menudo anónimos y menores poetas cuya obra constituye la esencia que alimenta su propia tradición nacional. Para nosotros no ofrece ninguna dificultad la lectura de *Sobre los ángeles,* de Rafael Alberti, o Juan Ramón Jiménez, o casi todos los principales hispanoamericanos. Hemos leído a Lorca, sobre todo en su *Romancero gitano,* con exceso, y durante mucho tiempo, hemos confundido artificio con arte. Sospechamos que estos tres poetas han leído a los mismos franceses que nosotros y, por tanto, han estado sujetos a las mismas influencias. La Andalucía de Lorca es brillante, vivaz, como un cartel anunciador de una agencia de viajes. Su imaginación contiene alusiones que nosotros no comprendemos bien a no ser que tengamos algún conocimiento de Córdoba y Granada, pero su mundo de gitanos y guardias civiles no es más nuevo para nosotros que lo es, por ejemplo, el "wooden Russia" de Esenin o el extremo noroeste de Irlanda, donde nació nuestro W. B. Yeats. Los tres, igualmente, son mundos privados en los que el poeta garantiza la entrada a sus lectores, ya sean nacionales o extranjeros.

Miguel Hernández es muy poco conocido en Inglatera por estar tan profundamente enraizado con la tradición española. La sencillez de sus excelentes poemas arranca de toda la tradición española, de la poesía de tipo tradicional, Garcilaso, Góngora y la versión española del surrealismo en boga de su juventud. Podemos verle ensayar varios caminos, pero su talento madura rápidamente durante los años de guerra para continuar así durante los largos meses de prisión hasta su muerte. La sencillez final que alcanza es algo que pocos lectores extranjeros pueden apreciar y que nadie puede intentar traducir:

El corazón es agua
que te acaricia y canta.

El corazón es puerta
que se abre y cierra.

El corazón es agua
que se remueve, arrolla,
se arremolina, mata.

También nosotros tenemos una poesía semejante. Es como el rumor del agua que describe y no parece haber necesitado una personalidad poética para una tal creación. Y es, sin embargo, la personalidad poética —Byron, Heine, Musset, Whitman—que más pronto se reconoce en el extranjero.

Lo primero que conocimos de Miguel Hernández fueron unos ejemplares de *Viento de pueblo,* que se vendían en Londres durante la guerra española. Eran unos poemas de lo más valiente, a los que no estábamos acostumbrados con la poesía, más analítica, entonces de moda:

> No soy de un pueblo de bueyes,
> que soy de un pueblo que embargan
> yacimientos de leones,
> desfiladeros de águilas
> y cordilleras de toros
> con el orgullo en el asta.

Un gran retórico adecuado a los tiempos que corrían.

El profesor J. B. Trend eligió dos poemas de este libro, los últimos, en su segunda edición de *The Oxford Book of Spanish Verse* (1940), con que puso al día su, más bien conservadora, edición primera (1913) de James Fitzmaurice-Kelly. Pero en otra colección, *Laurel* (Ediciones Séneca, México, 1941), que nos enseñó mucho a los ingleses sobre poesía moderna castellana, se excluyó a Hernández. Pasaron muchos años hasta que nos volvimos a interesar por la literatura contemporánea de España. Mientras tanto, la *Obra escogida* había sido publicada, pero fué escasamente advertida en Inglaterra. Recuerdo haber escrito una reseña para el *Times Literary Supplement* que nunca llegó a publicarse. La avalancha de libros extranjeros era grande y Hernández era casi desconocido. Para mi Antología "Penguin" elegí solamente tres poemas: insuficientes para representarlo. Tal vez hubiera sido mejor haber dado la *elegía:* "Yo quiero ser llorando el hortelano." Es difícil decidir lo que es típico en Hernández. La suya es una poesía que raramente está libre de ecos. Hubo allí un hombre, pero no una fuerte personalidad poética. Aquí un español que no fué europeo. Uno no puede ni imaginarse su poesía transportada a Méjico o a la Argentina.

Ciertamente deberíamos tratar de conocer mejor a Hernández. Tal vez la publicación de sus obras completas, la traducción de uno o dos de sus poemas, un estudio crítico, imparcial y sereno que separe las varias formas de su pensamiento e inspiración—algo semejante al magnífico estudio que de Aleixandre hizo Carlos Bousoño—podría hacer algo para darle, en Inglaterra, la reputación que nunca ha tenido. Las líneas que dedicó a Ramón Sijé están muy cerca de nuestra tradición, aun cuando son profundamente españolas:

> Temprano levantó la muerte el vuelo,
> temprano madrugó la madrugada,
> temprano estás rodando por el suelo.

Conviene tanto a Hernández como a nuestro Keats, hombre también de humilde origen y que murió de la misma enfermedad y que, asi-

mismo, dejó la impresión de que, si le hubiera sido concedida más larga vida, más grandes cosas hubiera escrito. Porque con Hernández, en resumidas cuentas, todo lo no indispensable fué consumido. Fué poeta y un hombre que sufrió, nada más.

J. M. Cohen.

